

La pequeña historia de Sant Pere d’Osor

Hace muchos años, entre montañas verdes y ríos que cantaban, había un lugar muy bonito donde hoy encontramos el pueblo de Osor.

Por aquel entonces, todavía no había casas ni calles. Sólo bosques llenos de árboles altos, caminos de tierra y el alegre ruido del agua.

A ese lugar llegaron dos hermanos. Eran trabajadores y soñadores. Querían construir un pueblo donde todo el mundo pudiera vivir feliz.

Empezaron a levantar las primeras casitas con piedras y madera. Plantaron huertos y también hicieron un pequeño puente para atravesar el río. Y cuando casi ya lo tenían todo a punto… surgió un problema.

—¿Cómo llamaremos al pueblo? —preguntó el hermano menor.

—¡Debe tener un nombre importante! —dijo el hermano mayor.

Pero no se ponían de acuerdo.

El hermano mayor quería ponerle el nombre de San Pedro, porque era valiente y protector.

El hermano pequeño, en cambio, quería ponerle el nombre de un oso, porque en el bosque vivía uno muy grande y tranquilo que siempre paseaba por allí sin dañar a nadie.

Un poco discutieron. No mucho, pero lo suficiente para que ambos fruncieran la nariz.

Por último, el hermano mayor tuvo una idea.

—Hagamos algo —dijo—. Cada uno de nosotros realizará una figura. Yo haré una imagen de San Pedro y tú haz un oso. Y la que quede más bonita dará nombre al pueblo.

Al hermano pequeño le pareció una idea justa.

Durante días trabajaron con mucho cuidado. El hermano mayor modelaba la figura de San Pedro con manos pacientes. El pequeño, con mucha concentración, daba forma a un oso redondo y simpático.

Cuando las terminaron, las pusieron una junto a otra.

Ambas eran preciosas.

San Pedro parecía protector y sereno. El oso parecía fuerte pero amable.

Ambos hermanos se miraron en silencio.

¿Y si ambas eran igual de bonitas?

¿Y si no era necesario elegir?

El hermano pequeño empezó a reír.

—¿Y si ponemos los dos nombres?

El hermano mayor abrió los ojos de par en par… y después también sonrió.

Así no habría que discutir más. El pueblo tendría un nombre especial, que recordaría la fe y la naturaleza del bosque.

Y así nació el nombre de Sant Pere d’Osor.

Desde ese día, el pueblo creció entre montañas, con gente trabajadora y amable. Y dicen que, a veces, cuando el sol se pone detrás de los árboles, parece que se pueda ver la silueta de un oso caminando tranquilamente por el bosque… mientras la iglesia vela al pueblo desde su colina.

Y así, gracias a dos hermanos que aprendieron a ponerse de acuerdo, nació un nombre que aún hoy recuerda esa hermosa historia.